

# Discipulado de la Palabra

Semana 16 del Tiempo Ordinario



María Magdalena, Apóstol de la esperanza

“Cómo es hermoso pensar que la primera aparición del Resucitado  
haya sucedido de manera tan personal.

Que hay alguien que nos conoce y ve nuestro sufrimiento y desilusión,  
que se conmueve con nosotros y nos llama por nuestro nombre”

(Papa Francisco)

P. Fidel Oñoro cjm

El signo de Jesús exigirá una decisión cara frente a Él  
San Mateo 12, 38-42  
“No se le dará otra señal que la señal del profeta Jonás”

Seguimos leyendo el evangelio de Mateo. La última escena que leímos (12,14-21) dejó claro que Jesús no pretende sustituir a los dominadores presentándose como Mesías político, sino que viene como “**Siervo**” en la humildad y la mansedumbre. Su proyecto es más de fondo: se parece a la limpieza de una casa (ver 12,22-32).

La blasfemia contra el Espíritu Santo (12,31-32) consiste en no dejar entrar – intencionalmente- a Jesús en la casa para ser liberados de todo mal y dejar el Reino de Dios actuar. Para ello, la estrategia de quien rechaza a Jesús es negar que en Él pueda estar el poder de Dios. Sin embargo Jesús demuestra lo contrario: bajo la apariencia humilde del Hijo del hombre Dios está transformando al hombre. Para ellos hay que mirar los “**frutos**” (12,33-37).

Ahora vuelven a aparecer en escena los fariseos junto con los doctores de la Ley: “**Maestro, queremos ver una señal hecha por tí**” (12,38). Como se puede ver, la pregunta pretende indagar por los “**frutos**” de Jesús (“**por los frutos se conoce al árbol**”, 12,33). Ellos le piden a Jesús que les de muestras palpables de que es el Hijo de Dios.

La situación es grave: los doctores de la ley y los fariseos conocen la ley, pero no son capaces de reconocer en las obras de Jesús la presencia de Dios, quien es el Señor de la Ley.

La respuesta de Jesús es fuerte: “**¡Generación malvada y adúltera! Una señal pide, y no se le dará otra señal que la señal del profeta Jonás**” (12,39). Para ellos no era desconocido el libro de Jonás: cuando el profeta rebelde llegó a Nínive, fue acogido por la ciudad entera y ésta hizo penitencia por sus pecados. En cambio éstos, que son israelitas y conocen bien cuál es el querer de Dios, no han sido capaces de tomar en serio al profeta que “**más que Jonás**” (12,41).

Pero Jesús se detiene en un signo particular que Dios realizó en el profeta Jonás: cuando sufrió el naufragio, una ballena lo retuvo en su vientre durante tres días completas y luego lo arrojó a la tierra (ver 12,40). Esta figura del misterio pascual será la palabra definitiva de Jesús en la cual el poder de Dios se manifestará con todo su esplendor y frente a la cual ellos deberán optar (“**porque por tus palabras serás declarado justo y por tus palabras serás condenado**”, 12,37).

Más diciente aún es el comportamiento de la Reina del Sur, quien hizo un largo viaje para escuchar la sabiduría de Salomón, mientras que éstos –los escribas y fariseos- teniendo a Jesús al frente de ellos no son capaces de tomar en serio su sabiduría. Lo cierto que “**aquí hay algo más que Salomón**” (12,42).

Una vez más nos encontramos con la dureza de corazón de los adversarios de Jesús, que son precisamente los representantes de los más religiosos del pueblo. Los argumentos de Jesús han sido contundentes y ya ha anunciado que el fruto se verá en el misterio pascual.

Pero este “signo” se convertirá en juicio para ellos (“*Se levantarán en juicio contra ellos...*”, 12,41.42).

Cuando Jesús los llama “*generación malvada y adúltera*”, no puede dejar de verse allí una referencia a lo que realmente habita el corazón de los adversarios. En ellos se hace verdadera la enseñanza anterior: “*De lo que rebosa el corazón habla la boca*” (12,34)

***Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón***

1. ¿Le hemos pedido a Jesús alguna vez que nos un “signo”, una “prueba” de su existencia o su divinidad? ¿Qué puede haber detrás de este tipo de solicitudes?
2. ¿En qué consiste la señal de Jonás?
3. ¿Qué consecuencias tiene el no tomar en serio a Jesús?

***“Cómo ardía, Dios mío, cómo ardía en deseos de volar desde las cosas terrenas hacia Ti, aún ignorando lo que querías hacer de mí”***

(San Agustín).

Martes - Semana 16 del Tiempo Ordinario

---

Se es familia de Jesús cuando se vive  
según la voluntad del Padre celestial  
San Mateo 12, 46-50  
“¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?”

“*Todavía estaba hablando a la muchedumbre...*” (12,46) cuando, de repente, llegaron los familiares de Jesús, “*su madre y sus hermanos*”, y se quedaron esperando fuera (12,16a).

Cuando Jesús se entera de la solicitud de su familia, responde: “*Estos son mi madre y mis hermanos. Pues todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre*” (12,49b-50).

Bien sabemos que en la manera de hablar de aquel tiempo, a los parientes cercanos también se les llamaba “hermanos” (ver Levítico 10,4), por esa razón no habría que buscar aquí motivos para poner en discusión si la Virgen María tuvo más hijos.

Lo cierto es que, según el texto, la mención de la palabra “hermanos” da la ocasión para que Jesús se pronuncie sobre cuál es su verdadera familia. Para ello Jesús hace una distinción entre la familia natural (entiéndase: biológica) y la familia espiritual que nace del discipulado, donde los aspectos que generan vínculos son más estrechos y fuertes que los de la familia natural.

Según el texto, Jesús no sale al encuentro de ellos sino que al señalar dentro de la casa en la que está, cuál es su verdadera familia, más bien los invita a entrar a formar parte de ella. El parentesco biológico con Jesús es insuficiente, puesto que para tener parte con Jesús hay que reconocer su verdadera identidad y no aprisionarlo en los conceptos o prejuicios que se tengan por él por la simple convivencia en la infancia. En otras palabras, se requiere el aprendizaje del evangelio.

La familia de Jesús es la comunidad de los “pequeños” que mediante la escucha de la Palabra y la conversión a ella, va creciendo llevada por la mano del Maestro y conducida hacia la plenitud de toda familia que la relación trinitaria (ver 28,19). La comunidad de Jesús personifica a todas las personas que optan de corazón por Él y eligen vivir según los criterios de su evangelio, encarnando las bienaventuranzas y todas las enseñanzas de Jesús, haciendo presente de esta forma su obra salvadora en sus vidas.

El núcleo del pasaje lo hallamos en la frase: “*cumplir la voluntad de mi Padre Celestial*” (12,50). Mateo menciona expresamente el término “*Padre*” y no simplemente “Dios”, ya que la captación de la voluntad de Dios está intrínsecamente relacionada con esta revelación de la paternidad divina de la cual Jesús hace derivar todo el evangelio. Es la comunión con este Padre la que permite hablar con certeza de una “verdadera familia”.

La vida de esta nueva familia encuentra su sentido en el misterio del Reino que se realiza en la historia, así como lo vamos a ver mañana en las Parábolas de Jesús.

***Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón***

1. ¿Para qué buscan los familiares (biológicos) a Jesús?
2. ¿Cómo se entiende la palabra “hermanos de Jesús” en este pasaje?
3. ¿De qué manera una persona se hace “familiar” de Jesús? ¿Cuál es el fundamento de esta propuesta?

***“Cuando oramos, nunca debemos perdernos en tantas consideraciones, intentando saber lo que hemos de pedir y temiendo no conseguir orar como nos conviene. ¿Por qué no decir más bien con el salmista: ‘Una cosa pido al Señor y es lo que busco: habitar en la casa del Señor toda mi vida, contemplar la belleza del Señor examinando su templo’ (Salmo 26,4)?”***

(San Agustín)

Miércoles - Semana 16 del Tiempo Ordinario

---

Fiesta de Santa María Magdalena, Apóstol de los Apóstoles

Buscando a Jesús entre lágrimas

San Juan 20, 1.11-18

“Mujer, ¿por qué lloras?”

Este es un día muy bello para celebrar nuestro camino de fe.

Recordamos hoy a María Magdalena, una mujer que no pasa desapercibida en el Evangelio y que es presentada por Juan como modelo de la búsqueda del Resucitado en la mañana pascual. La memoria que hacemos de ella en esta jornada no pretende ser biográfica sino espiritual: cómo están grabadas en ella las huellas del evangelio que también nosotros queremos vivir, porque sabemos que en su itinerario oracional está impregnado también el nuestro.

### ***María Magdalena es modelo del “buscador” de Jesús***

La vida espiritual está dinamizada por la búsqueda de Dios: **“Tu rostro buscaré Señor”** (Salmo 27,8). O como en el caso de la amada del Cantar de los cantares: **“Por las calles las plazas buscaré al amor de mi alma... ¿Habéis visto al amor de mi alma?”** (3,2-3).

La de María Magdalena es una búsqueda del Resucitado particularmente fatigante. Como puede notarse en la repetición cuatro veces del verbo **“llorar”** (Juan 20,11.11.13.15), María aparece como una mujer sensible, llena de afecto.

Frente al sepulcro vacío, ella aparece sobrecogida por una fuerte tensión emotivo, y **“llora”** (20,11). Lloro porque le hace falta la profunda experiencia de amistad que la unía a su Señor. Lloro porque ni siquiera puede sentarse al lado del cuerpo muerto de su Jesús.

Entonces María se pone a buscar al Maestro, pero sus sollozos, sus lágrimas, parecen nublarle la vista y el corazón impidiéndole reconocer al Señor que esta vivo y de pie delante de ella (20,14).

Jesús se conmueve y se le manifiesta llamándola por su nombre, de la misma manera que el buen pastor que conoce a cada una de sus ovejas por su propio nombre (10,3), lo hace de manera que su voz toca lo más profundo, lo más íntimo de ella. Entonces María exclama: **“¡Rabbuni, Maestro mío!”**. Y así, en un sólo instante confiesa su fe, su amor y su entrega.

Pero las cosas no terminan ahí. Jesús le abre nuevos horizontes hacia el futuro al confiarle un mensaje lleno de ricas prospectivas: **“No me retengas, sino ve donde mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre”** (20,17).

Con estas hondas palabras, tan cargadas de sentido, María Magdalena es invitada a cambiar su modo de pensar y a ver cómo el Resucitado, subiendo al Padre, cumple su obra y se queda entre nosotros con los dones de su presencia espiritual, de su Espíritu que es paz y alegría (20,19-20).

### ***¿Qué mensaje nos da María Magdalena?***

María Magdalena es imagen de cada uno de nosotros que frecuentemente buscamos signos de la presencia viva del Resucitado en nuestras vidas. Pero sucede que a veces lo hacemos con esperanzas estrechas, con poca visión, con la mente obtusa, aferrados a nuestro modo de entender la presencia de Dios y su misterio.

En María Magdalena vemos también la imagen de una sociedad confundida y quizás también un poco extraviada en sus caminos, que quisiera comprender la razones de sus males, de los errores que ha cometido, pero que no sabe cómo cambiar la escala de los valores ni cómo vivir la fraternidad y la solidaridad. María es imagen de toda esta amada humanidad que camina en la búsqueda de Jesús nuestro Salvador.

Cuando María Magdalena dice ***“He visto al Señor”*** (20,18), está proclamando primero que nosotros y en lugar de nosotros la fe en el poder de la Cruz y de la Resurrección, este poder que es más potente que todos los males que nos abruman.

Si hacemos como ella, si le damos espacio al amor de Cristo, podemos estar seguros que tendremos entonces la posibilidad de un principio nuevo en nuestra historia. Nos descubriremos profundamente amados, perdonados y redimidos por la Pascua del Amado. Y con esta certeza, con esa fuerza interior podremos infundirle esperanzas concretas a todos los que nos rodean.

### ***Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón***

1. ¿Quién fue María Magdalena? ¿En qué pasajes aparece ella en evangelio? ¿Qué tipo de relación tenía con Jesús?
2. ¿Qué pasos constituyen el itinerario pascual de María Magdalena? ¿Por qué la búsqueda del Amado, en cuanto Señor Vivo y victorioso en el amor, la conmueve tanto?
3. ¿Qué puntos en común hay entre la experiencia que María Magdalena hace de Jesús y la mía? ¿Cómo puedo vivir y hacer revivir este evangelio en medio de la comunidad en la cual vivo?

Cómo entró santa Teresa en un renovado camino de oración (I)

***“Pues ya andaba mi alma cansada y, aunque quería, no le dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaeciome que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros... Y arrojéme junto a Él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle”***

(Santa Teresa de Jesús).

La Parábola del Sembrador  
San Mateo 13, 1-9  
“Salió un sembrador a sembrar...”

Comienza una nueva sección del evangelio de Mateo. Se trata del tercer gran discurso formativo de Jesús a sus discípulos. Los dos primeros, el Sermón de la Montaña (Mt 5-7) y el Manual de la Misión (Mt 10), constituyeron como dos escalones en el camino de maduración de los discípulos.

Este nuevo discurso se centra en un aspecto importante del discipulado: Jesús no sólo dice lo que hay que hacer sino –teniendo en vista la maduración de la fe de los suyos– también los enseña a discernir la voluntad de Dios en cada circunstancia de la vida. Para ello sirven las parábolas, las cuales son verdaderos ejercicios de discernimiento espiritual que tratan de captar el acontecer discreto del Reino en medio de las diversas circunstancias de la vida y motivan para hacer la elección correcta de la voluntad de Dios.

Es así como se descubre la naturaleza sorprendente del Reino de Dios. La enseñanza de Jesús se despliega a lo largo de siete parábolas bien ordenadas. Después de una breve introducción (13,1-2), comienzan las parábolas: (1) El sembrador (13,1-9), (2) El trigo y la cizaña (13,24-30), (3) El grano de mostaza (13,31-32), (4) La levadura (13,33), (5) El tesoro escondido en el campo, (6) La perla del mercader (13,45-46) y (7) La pesca en la red que atrapa todo (13,47-50). Finalmente encontramos otra breve conclusión (13,51-52).

Las cuatro primeras parábolas, basadas en motivos vegetales, educan en el discernimiento propiamente dicho; las otras tres están dichas para motivar el paso, la decisión, ya que es posible tener claro lo que hay que hacer pero nunca llegar a hacer. La última parábola confirma que éstas están presentadas en clave de discernimiento: es como el pescador que cada día se sienta a la orilla del mar a recoger la red lo que le sirve y devolver al mar lo que no sirve o todavía no está maduro. Así la vida del discípulo todos los días y en este esfuerzo continuo debe perseverar para conducir una vida según la voluntad del Dios del Reino.

Notemos la ambientación del discurso: “*Aquél día, Jesús salió de casa y se sentó a orillas del mar*” (13,1). Jesús sale de la casa en la que estaba (ver el evangelio de ayer) y se va a la orilla del mar. La multitud que se reúne en torno a Él es grande (13,2). Con él subido en una barca y la gente sentada a la orilla. En este bello escenario comienza la enseñanza.

La parábola del sembrador (13,3b-9), la primera en contarse, distingue diversos tipos de terreno en los cuales caen las semillas arrojadas por el sembrador, destacando al final un terreno es que es apto para la inmensa producción de que es capaz una simple semilla.

Para penetrar el sentido de esta parábola, tengamos en cuenta ésta y la explicación que viene más adelante (que es mucho más que una explicación, es casi otra parábola), en realidad constituyen las dos caras de una moneda: la primera enfatiza la “gracia” de Dios y la segunda la “responsabilidad” humana.

El comportamiento del sembrador, que es un profesional en la materia, ciertamente parece extraño cuando deja caer algunas semillas en terreno impropio para el cultivo. Sin embargo, esto corresponde a la realidad del evangelio: antes que la calidad de la tierra, lo que vale es la calidad de la semilla. Así obraba Jesús: arrojaba su semilla en corazones sobre los cuales los fariseos ya habían dado su dictamen negativo y consideraban excluidas de la salvación.

Entonces la imagen de un sembrador arrojando las semillas en los tres primeros terrenos es un retrato de la obra de Jesús quien no ha venido **“a llamar a justos, sino a pecadores”** (9,13). Ante todo se proclama la bondad de Dios, quien no tiene límites para ofrecer sus bendiciones (ver 6,45), pero esto implica de parte de cada hombre el hacerse a sí mismo “buena tierra” para que la semilla de la Palabra pueda crecer.

***Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón***

1. ¿En torno a qué idea fundamental gira la exposición de las siete parábolas de Mt 13?
2. ¿Cuál es el mensaje de la parábola del sembrador?
3. ¿Cómo aparece retratado el ministerio profético de Jesús en esta primera parábola?  
¿Me atrevo a hacer lo mismo situaciones en las cuales ya todo el mundo cree que no hay esperanza de cambio?

***“Para conseguir esta vida beatífica, la misma verdadera Vida en persona nos ha enseñado a orar, no con muchas palabras, como si por ello fuésemos a ser mejor escuchados cuanto más prolijos seamos (...). Puede parecer extraño que Dios os ordene hacerle peticiones cuando Él conoce, antes de que se lo pidamos, lo que necesitamos. Debemos, sin embargo, considerar que a él no le importa tanto la manifestación de nuestros deseos, cosa que él conoce perfectamente, sino más bien que estos deseos se reaviven en nosotros mediante la súplica para que podamos obtener lo que ya está dispuesto a concedernos (...).”***

(San Agustín)

Atención a lo interior:  
 Las vicisitudes de la Palabra en la vida del discípulo  
 San Mateo 13, 18-23  
 “El que oye la Palabra y la comprende: éste sí que da fruto y produce”

Anteayer leímos la parábola del sembrador (13,3b-9), hoy tenemos la oportunidad de profundizarla.

La parábola del sembrador retoma muy bien lo que le sucede a uno en la experiencia de la Palabra. De hecho, el primer enunciado de la parábola nos hizo caer en cuenta que Dios nos ofrece el don de su palabra-semilla sin fijarse inicialmente qué tipo de terrenos somos. Es claro desde el principio que hay un terreno ideal, pero sucede en un caso de cada cuatro.

La otra cara de la moneda que nos presenta la parábola nos confronta con la seriedad o no con que acogen el don de la semilla. La palabra, como fuerza de vida que es (por eso se la compara con una semilla) comienza a generar procesos en la vida de quien la recibe. Es aquí donde cuenta mucho nuestra responsabilidad: “Sucede a todo el que oye la Palabra del Reino” (13,19<sup>a</sup>).

### **(1) El caso de quien no comprende la Palabra del Reino (13,19b)**

Mateo enfatiza el término “*comprender*”, que aquí es “aferrar” o “arraigar”, es decir, que le permitió un espacio en su vida y se dejó confrontar por ella.

Algunas experiencias de escucha no tienen el espacio suficiente para que ella haga su efecto y entonces se pierde rápidamente el primer esfuerzo. Hay oyentes distraídos que no se dan al menos un espacio de oración para asimilar la Palabra oída (o leída), o más exactamente, para “**comprenderla**”.

### **(2) El caso de quien no cultiva procesos (13,20-21)**

Sucede a veces que se vive una vida espiritual hecha de momentos puntuales pero no se cultivan procesos. Esto no es conveniente, y mucho más cuando se trata de una experiencia de la Palabra: la semilla necesita surco.

A ésta realidad se está aludiendo cuando se advierte que uno de los factores que provocan fracasos y desilusiones es la “falta de raíz en sí mismo”, la cual está acompañada de la “inconstancia”. Se vive de emociones, de momentos luminosos y bellos, de ahí que ésta se vuelva pasajera. Mucho más cuando se viven momentos duros de confrontación, “**una tribulación o persecución por causa de la Palabra**” (13,21), entonces la persona “**se escandaliza**” porque sólo quiere gloria pero no cruz (precisamente aquí está hablando del “escándalo de la cruz” que provoca deserciones).

### **(3) El caso de quien no se deja tocar hondamente por la fuerza transformadora de la Palabra (13,22)**

Hay personas que han realizado un camino de vida espiritual serio y prolongado, pero descuidan la necesaria “vigilancia” espiritual.

Existen dos factores que hay que discernir constantemente en la vida espiritual para que el camino de maduración sea siempre ascendente y provechoso: (a) las preocupaciones del mundo (que es el stress; ver el evangelio sobre el stress en 6,24-35); (b) la seducción de las riquezas (o los apegos que distraen el corazón de lo esencial). Ambos casos ya fueron tratados en el Sermón de la Montaña: tenemos aquí un signo claro de una Palabra que ha sido oída, aceptada con gusto, pero que no ha purificado verdaderamente el corazón.

### **(4) El oyente ideal de la Palabra (13,23)**

Al final, en el perfil del oyente ideal de la Palabra, nos encontramos de nuevo el término “*comprender*”. Este conocimiento profundo, que había sido señalado en 13,14-15, supone una experiencia vital de la Palabra que, en cuanto semilla, ha germinado y está en condiciones de dar lo frutos de vida del cual es portadora.

A veces nos preguntamos por qué, a pesar de tantos esfuerzos, seguimos todavía en el mismo punto, sin percibir avances reales en la vida espiritual. Hoy el evangelio nos explica por qué.

#### ***Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón***

1. ¿Qué enfatiza la explicación de parábola del sembrador?
2. ¿Cuál de los cuatro tipos de “oyente” se parece más a mí?
3. ¿Qué decisiones voy a tomar para hacer posible –en lo que a mí respecta- un camino de maduración en la fe que sea siempre ascendente y que le da a mi vida la fecundidad prometida en el evangelio del Reino?

Cómo entró santa Teresa en un renovado camino de oración (II)

***“Cuando comencé a leer las ‘Confesiones’ (de san Agustín), pareceme me veía yo allí. Comencé a encomendarme mucho a este glorioso Santo. Cuando llegué a su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el huerto (‘Toma y lee’), no me parece sino que el Señor me da dio a mí, según sintió mi corazón. Estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas, y entre mí misma con gran aflicción y fatiga. ¡Oh, qué sufre un alma, válgame Dios, por perder la libertad que había de tener de ser señora, y qué de tormentos padece! Yo me admiro ahora cómo podía vivir en tanto tormento. Sea Dios alabado, que me dio vida para salir de muerte tan mortal”***

(Santa Teresa de Jesús).

Aprender la paciencia de Dios  
San Mateo 13, 24-30  
“Señor, ¿No sembraste buena semilla?”

“*Otra parábola les propuso...*” (12,24)

El evangelio de hoy, una de las tres parábolas de la “semilla”, nos coloca frente a una realidad frecuente que llevamos dentro: la impaciencia.

Jesús nos enseña a ampliar los horizontes a partir de este caso concreto y a tomar actitudes en consonancia con la manera como acontece el Reino de los Cielos en el mundo.

La parábola del “trigo y la cizaña” se desarrolla en torno al fuerte contraste de dos realidades opuestas que, mediante una dinámica propia, conduce a la victoria final de aquello que había sido amenazado: el trigo y la cizaña pueden estar juntas durante mucho tiempo –aún con detrimento de la primera-, pero al final serán separadas.

La parábola responde al escándalo que les sobreviene a algunos discípulos del Señor: hay mucho mal en el mundo –simbolizado en la “cizaña”-, y se quisiera que Dios interviniera con todo su poder para colocar el mal en su lugar y exaltar a los buenos, pero no parece suceder nada.

La parábola nos enseña que aquí en la tierra todo se da mezclado: al lado de los buenos están los malos. Esta convivencia continuará, según dice el patrón de la parábola: “*Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega*” (13,30<sup>a</sup>). Pero esto no debe desanimar a los discípulos: de ninguna manera deberán ceder ante los ataques del mal, por el contrario tendrán que mantener una vigilancia activa y sostener un esfuerzo grande de evangelización.

Con todo, hay una luz de esperanza: esta situación no durará para siempre. Es claro que no da lo mismo ser trigo que cizaña. De ahí que al final de los tiempos se hará un juicio: “*Y al tiempo de la siega, diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo recogedlo en mi granero*” (13,30<sup>b</sup>).

Por el destino final que tiene cada una de las plantas se comprende que con las decisiones y acciones de cada persona se pone en juego el propio futuro, el destino final. Por lo tanto hay que ser responsables con la vida.

Junto a este sentido de responsabilidad que debe tener cada persona, esta parábola nos deja una bellísima lección sobre la paciencia: así como el patrón, Dios le da tiempo a cada persona para que recapacite, y con esta actitud estará esperando por su conversión hasta el final.

Lo mismo debemos hacer con nuestros hermanos con los cuales hemos perdido la paciencia por su reticencia en el pecado: hay que insistir, darle una oportunidad, esperar por su conversión.

Finalmente, tengamos en cuenta que hay un segundo motivo importante por el cual el patrón no permite que se arranque la cizaña. Lo sabemos todos por experiencia: nadie es completamente trigo (hay escuchar a los santos: siempre se reconocen pecadores) ni completamente cizaña (no hay nadie que, por muy malo que sea, no tenga en el fondo un buen corazón). Por lo tanto no hay que caer en la actitud equivocada de quien separa tajantemente el mundo de los buenos y el mundo de los malos. En cada persona hay un poco de todo. Más bien hay examinarse continuamente y trabajar todos los días por la santidad.

En fin, no nos corresponde a nosotros juzgar sino más bien evaluarnos a nosotros mismo (ver también 7,1-5).

***Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón***

1. ¿Seguimos haciendo dicotomías entre las personas: los buenos y los malos? (generalmente nos colocamos en el primer grupo) ¿Qué enseña la parábola al respecto?
2. ¿Por qué no fue arrancada la cizaña inmediatamente?
3. El mal en el mundo atormenta y lleva incluso a protestarle a Dios: “¿por qué no intervienes?”. ¿Qué implica la paciencia de Dios para aquellos que le hacen juego al mal? ¿Dios les aprueba el mal que hacen? ¿Qué exige Dios?

Cómo entró santa Teresa en un renovado camino de oración (III)

***“Acaecíame (en el momento de ponerme en oración, o bien) en esta representación que hacía de ponerme cabe Cristo, que he dicho, y aún algunas veces leyendo, venirme de improviso un sentimiento de la presencia de Dios que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí o yo toda engolfada en Él”***

(Santa Teresa de Jesús).